

Escenificación del poder episcopal en Charcas: fiestas en la entrada del arzobispo Borja (1636)

Episcopal Power Performance in Charcas: Festivities
at the Entrance of the Archbishop Borja (1636)

Pilar Latasa

Universidad de Navarra

platasa@unav.es

Las *Noticias políticas* (1639) de Pedro Ramírez del Águila se cierran con la relación de la entrada del arzobispo Borja en La Plata en septiembre de 1636. El final festivo permite al autor subrayar dos ideas presentes a lo largo de toda su obra: la reivindicación de Charcas como territorio de primera categoría dentro del conjunto de los reinos de la monarquía hispánica y, relacionado con lo anterior, la dignidad de su nuevo arzobispo. De forma menos explícita, este colofón es utilizado también para introducir un tercer elemento importante: la lealtad del autor a la monarquía hispánica y a la iglesia de Charcas. Desde esta triple perspectiva, el trabajo aborda una relectura de esta entrada episcopal en un contexto histórico y geográfico amplio, con el fin de establecer referentes que permitan evaluar su dimensión festiva.

Palabras clave: Ramírez del Águila, arzobispo Borja, fiestas, entrada.

The *Noticias políticas* (1639) by Pedro Ramírez del Águila ended with the description of the entry of Archbishop Borja in La Plata in September 1636. These final festivities allow the author to highlight two ideas present throughout his work: the claim of Charcas as a main territory within the territories of the Spanish monarchy and, relatedly, the dignity of its new archbishop. Less explicitly, this end is also used to introduce a third important element: the author's loyalty to the Spanish monarchy and the church of Charcas. Using this approach, the work proposes a review of this episcopal entry in a broad historical and geographical context, in order to establish comparisons and find out the real dimension of these celebrations.

Keywords: Ramírez del Águila, Archbishop Borja, Festivities, Entry.

Las fiestas celebradas en La Plata con ocasión de la entrada del arzobispo Borja han sido ya objeto de atención en el contexto del estudio de la capital charqueña como centro de poder cortesano durante la época colonial¹. En este trabajo se realiza un nuevo acercamiento a estas celebraciones que nos permita analizarlas desde una perspectiva comparada.

Si confrontamos la cantidad de relaciones de fiestas que se conservan referentes al ámbito del territorio virreinal novohispano con las existentes para el peruano, es llamativa la escasez de piezas de este género conservadas para el segundo. Por este motivo, a falta de relaciones publicadas como tales, es preciso rastrear la información referente a celebraciones que tuvieron lugar en el mundo andino en otras fuentes. Para el ámbito de Charcas se ha recurrido con frecuencia a crónicas del siglo XVII que, al describir la vida de ciudades como Potosí y La Plata, relatan también, con mayor o menor prolijidad, festividades diversas. En este sentido, cabe destacar las crónicas de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela y del benedictino Diego de Ocaña, cuya dimensión festiva ha sido ya analizada en diferentes trabajos².

Menos conocida es la aportación en este sentido de la obra de Pedro Ramírez del Águila, y es lógico, porque la inclusión de una relación de fiestas en las *Noticias políticas* es puntual y se aleja en cierto modo de la finalidad principal de la obra, que se redactó –como es de sobra conocido– como relación descriptiva, de carácter histórico y geográfico, con el fin de facilitar al cronista mayor de Indias, Tomás Tamayo de Vargas, información para elaborar una historia eclesiástica indiana de carácter general³. Precisamente, fue el propio arzobispo Borja quien encargó a dos ilustres presbíteros, el canónigo criollo Antonio de Herrera y Toledo y el propio Pedro Ramírez del Águila, la elaboración de sendas crónicas con este fin⁴. La relación de la entrada del arzobispo Borja es, por lo tanto, un texto en cierto modo independiente dentro de las *Noticias políticas* y, al mismo tiempo, no deja de ser relevante que Ramírez del Águila cierre su obra con este colofón. El final festivo permite al autor subrayar dos ideas presentes a lo largo de toda su obra: la reivindicación de Charcas como territorio de primera categoría dentro del conjunto de los reinos de la monarquía hispánica y, relacionado con lo anterior, la dignidad de

¹ Sobre todo ver el capítulo dedicado a fiestas en la obra de Bridikhina, 2007: 135-175.

² Ver la reciente edición de Ocaña, Diego de. *Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí, 1599-1605*. Eds. Blanca López de Mariscal, Abraham Madroñal Durán y Alejandra Soria. Frankfurt-Madrid/Monterrey: Vervuert-Iberoamericana/Bonilla Artigas, 2010. Por ejemplo, utilizan a Arzáns de Orsúa: Alberro, 2010: 837-875; Arellano, 2008: 53-86; García Pavón, 1995: 423-440 y Zugasti, 2008: 295-322.

³ En otro estudio reciente he demostrado que la crónica de Ramírez del Águila no fue utilizada para la elaboración de la redactada por Gil González Dávila, quien sería finalmente encargado de llevar a término este proyecto. Su obra se ha publicado recientemente con una cuidada anotación: González Dávila, Gil. *Teatro eclesiástico de la primitiva iglesia de las Indias occidentales, vidas de sus arzobispos y obispos, y cosas memorables de sus sedes, en lo que pertenece al reino del Perú*. Eds. María Isabel Viforcós Marinas y Jesús Paniagua Pérez. León: Universidad de León, Servicio de Publicaciones, 2001.

⁴ El arzobispo Borja refería así los hechos: "Al punto que recibí la real cédula dispuse que dos prebendados de esta iglesia cuidasen de poner en ejecución lo que Vuestra Majestad manda". Carta del arzobispo Borja al rey. La Plata, 3.03.1638. Archivo General de Indias (en adelante AGI), Charcas, 135. Ver Antonio de Herrera y Toledo, *Relación eclesiástica de la Santa Iglesia Metropolitana de los Charcas: 1639*, citada en Bibliografía.

su nuevo arzobispo. De forma menos explícita, el colofón festivo es utilizado también por el autor para introducir un tercer elemento importante: el de su propia lealtad a la monarquía hispánica y a la iglesia de Charcas. Así, en este trabajo se hace una aproximación a las celebraciones realizadas en la entrada de Borja desde esta triple perspectiva.

1. "Sin dar lugar a lisonjas, adulaciones ni amor propio"

Comenzando por este último aspecto, parece importante remarcar que el autor de la relación festiva está dando con ella buena cuenta de sus propios méritos. A la llegada de Borja, Ramírez del Águila era cura rector de la catedral y provisor de la sede vacante. En calidad de tal fue nombrado, junto al chantre del cabildo eclesiástico, Baltasar Cerrato Maldonado, y los dos alcaldes ordinarios del cabildo secular, Alonso de Cabezas Grajales y Andrés Alonso Bravo, diputado para la organización de las celebraciones que tendrían lugar con motivo de la entrada del nuevo arzobispo. En sus *Noticias políticas* no solo deja constancia de que los cuatro organizadores dispusieron el recibimiento "con magnífico aparato" y "con todo cuidado procuraron acudir al desempeño de tan grande obligación" (Ramírez del Águila: 176), sino que permite al lector comprobarlo a través de su relato de las celebraciones.

Lamentablemente, el propio Pedro Ramírez del Águila apenas aporta en su obra datos autobiográficos. El autor eludió a propósito las referencias personales para hablar, en cambio, de lo que había visto y conocido "sin dar lugar –según sus propias palabras– a lisonjas, adulaciones ni amor propio" (Ramírez del Águila: 11). Sin embargo, la información que tenemos relativa a su vida, principalmente a través del trabajo de Barnadas, nos permite destacar su faceta de hombre de confianza de sucesivos prelados charqueños.

El primero de ellos fue el obispo Alonso Ramírez de Vergara, de origen extremeño, que antes de ser promovido a la sede andina ocupó durante quince largos años la canonjía magistral de la catedral de Málaga. Es muy probable que en ese tiempo tomara contacto con Pedro Fernández de Jémar, padre de nuestro protagonista y regidor de la villa de Archidona, lugar en el que nació Pedro Ramírez del Águila en 1581⁵. Esta vinculación explicaría el que, con solo catorce años, el autor de las *Noticias políticas* pasara a América formando parte del séquito del nuevo obispo de Charcas, que llevó consigo hasta veintisiete criados, entre los que viajaron un número significativo de clérigos⁶. En los registros de la Casa de la Contratación aparecen solo los nombres de once de estos allegados y ninguno coincide con el del autor de las *Noticias*, quien, debido a su juventud, probablemente pasó amparado por la licencia general otorgada al distinguido viajero. El perfil de estos once criados registrados es muy semejante: todos ellos eran hombres naturales de la provincia de Málaga o de las limítrofes de Sevilla y Córdoba; ocho eran clérigos y los tres restantes solteros. Es muy lógico que el recién nombrado

⁵ La primera biografía del autor se la debemos a Barnadas, 2003: 9-14.

⁶ Ha estudiado el tema, basándose exclusivamente en la documentación del catálogo de "Pasajeros a Indias", Calderón Berrocal, 1995. Véase una biografía en Barnadas, 2002, II: 674-75.

prelado de Charcas llevara con él deudos adquiridos durante su larga estancia en Andalucía. Indudablemente, este fue en particular el caso del autor de las *Noticias políticas*.

Pedro Ramírez del Águila llegó por tanto a la ciudad de La Plata formando parte de la comitiva del obispo Ramírez de Vergara. Los primeros años de su estancia en la capital charqueña estuvieron estrechamente vinculados con este prelado, de quien recibió las órdenes menores a la edad de veinte años. A pesar de su juventud se involucró muy pronto en tareas eclesiásticas y, según su propio testimonio, acompañó al obispo en una de las visitas que realizó al territorio de la diócesis⁷. Su admiración y gratitud quedaron patentes en las *Noticias políticas*, donde lo elogiaba como persona y como teólogo⁸. De hecho, con motivo de su fallecimiento en 1602, lamentaba que Charcas se hubiera quedado sin "su lumbrera, que con rayos de virtudes, beneficencias de criados pobres y amigos, sabiduría y acierto en el gobierno, valor en la defensa de su dignidad y persona, la alumbraba e ilustraba" (Ramírez del Águila: 165). La cercanía mutua se había manifestado en la concesión en 1600 de una de las dos capellanías que el obispo había fundado en la capilla de la Virgen de Guadalupe de la catedral de La Plata⁹, construida para ser su lugar de enterramiento¹⁰.

Fallecido su protector, Pedro Ramírez del Águila se trasladó a Lima, donde estudió bachiller de Cánones en la Universidad de San Marcos como colegial de San Felipe¹¹. Poco después, a causa de las sedes vacantes de Lima (1606-1608) y La Plata (1602-1611), tuvo probablemente que desplazarse a Chile para ser ordenado sacerdote¹². En 1607 estaba de nuevo de regreso en La Plata, donde tomó posesión de la mencionada capellanía. Además, en un acto público, presidido por el oidor Francisco de Alfaro, al que asistieron el cabildo eclesiástico y demás autoridades civiles y religiosas, demostró sus dotes como canonista. Comenzaba entonces una nueva etapa en la que el cabildo sede vacante le encomendó, a pesar de su juventud, tareas diversas¹³. Primero fue enviado como juez comisionado a Urunkuta (actual

⁷ Parece ser que llevó a cabo dos visitas pastorales. Ver Ramírez del Águila: 112 y 143.

⁸ El nuevo obispo había desempeñado la cátedra de víspera de Teología en la Universidad de Salamanca antes de trasladarse a Málaga (Ramírez del Águila: 165).

⁹ Barnadas, 2003: 55-56. Título de capellán: La Plata, 26 de diciembre de 1600. El obispo se refería a nuestro protagonista en estos términos: "Tenemos satisfacción de la suficiencia, buen celo y cristiandad de vos, Pedro [Ramírez] del Águila nuestro familiar y clérigo de menores". Ver también Ramírez del Águila: 145.

¹⁰ La capilla se dedicó a la Virgen de Guadalupe el primer domingo después de Epifanía de 1602, durante la visita a la ciudad de fray Diego de Ocaña, encargado de difundir esta devoción extremeña por tierras americanas. Véase Ocaña: 321. Ha sido estudiada por Mesa, José de y Teresa Gisbert. "La capilla funeraria del obispo Ramírez de Vergara en la catedral de Sucre". *Arte y arqueología*, 2 (1972): 109-116. El propio Ramírez del Águila la describe con detalle en la primera noticia de la tercera digresión (Ramírez del Águila: 145).

¹¹ Título de bachiller en Cánones por la Universidad de San Marcos de Lima. Lima, 9 de diciembre de 1606. Barnadas piensa que probablemente obtuviera también la licenciatura (2003: 10 y 56-57).

¹² Le pudieron ordenar el obispo de Santiago, Juan Pérez de Espinosa (1600-1622) o el de la Concepción, Reginaldo de Lizárraga (1598-1609). Véase Barnadas, 2003: 11.

¹³ Barnadas (2003: 11) las menciona y destaca que algunas eran propias de clérigos de más avanzada edad.

Betanzos); en 1611 con las mismas funciones a Takupaya (actual Urdáñez) y Tumina. Fue nombrado también vicario del Monasterio de Nuestra Señora de los Remedios, de monjas agustinas, cargo que no pudo ejercer por ser promovido al de cura párroco del Hospital Real de Potosí y, al poco tiempo, al de cura interino de la iglesia matriz de la Villa Imperial¹⁴.

Tan solo cinco años después de su regreso al Alto Perú, en 1611, Pedro Ramírez del Águila logró de nuevo un puesto de confianza de otro prelado de Charcas, su primer arzobispo¹⁵, el criollo arequipeño Alonso de Peralta¹⁶, "gran caballero de aventajadas partes y gran lustre" (Ramírez del Águila: 166-167), como lo definía en sus *Noticias*, que había estudiado Cánones en Salamanca y ocupado primero el cargo de inquisidor en Sevilla para pasar a serlo en 1594 de México. Era además el primer criollo que se situaba al frente de la sede platense. El nuevo arzobispo, tras promover una investigación acerca de nuestro protagonista, le dio un puesto de máxima confianza en el servicio de su casa, el de secretario de cámara, que ocupó hasta 1616, año en que falleció el arzobispo dejándole como albacea y administrador de sus bienes¹⁷. No es extraño, por lo tanto, que Ramírez del Águila no escatimara elogios al referirse a este prelado como persona que tenía "todo género de virtudes: perfectísimo, liberal, magnánimo de ánimo [...] gran limosnero y honrador de la virtud y las letras, en quien se hallaban todas las calidades que pide San Pablo en el buen prelado" (Ramírez del Águila: 166-167). Por su parte, Alonso de Peralta recomendaba en 1614 a su secretario como uno de los sacerdotes más ejemplares de la archidiócesis, merecedor de cualquier prebenda (Barnadas, 2003: 15).

A este arzobispo le siguieron en la sede platense Jerónimo Méndez Tiedra (1616-1623) y Hernando Arias de Ugarte (1627-1630). Durante el gobierno de ambos Ramírez del Águila ocupó diversos curatos de indios en la archidiócesis hasta que, en 1630, fue nombrado rector de la iglesia de la catedral. Los canónigos le demostraron entonces su confianza nombrándole provisor y vicario general de la diócesis en la sede vacante previo a la llegada del siguiente arzobispo¹⁸. No llegó nunca a ocupar una prebenda en el cabildo catedralicio de La Plata, a pesar de las diversas recomendaciones en

¹⁴ Las licencias y títulos están recogidos en Barnadas, 2003: 11 y 57-71. El convento de Nuestra Señora de los Remedios era el más antiguo de la ciudad y contaba con 40 religiosas "y muchas donadas y servicio que harán número de 200 personas" (Ramírez del Águila: 154).

¹⁵ La archidiócesis de Charcas fue erigida por Bula de Paulo V, en la que también se estipulaba que sus territorios estarían constituidos por las diócesis de La Plata, La Paz, Tucumán, Santa Cruz de la Sierra y Asunción, que habían dependido hasta entonces de la archidiócesis de Lima. Ver Armas Medina, 1965: 673-686 y Latasa, 1997: 174-177. El autor de las *Noticias políticas* explicaba que la propuesta de división en tres diócesis y erección del arzobispado había partido de Alonso Ramírez de Vergara. Dedicó la tercera noticia de la segunda digresión al tema: "De la división de esta diócesis en arzobispado y de los obispados a él sufragáneos" (Ramírez del Águila: 112-114).

¹⁶ Ver una biografía en Barnadas, 2002, II: 509.

¹⁷ Título de secretario del arzobispo Alonso de Peralta. La Plata, 9 julio 1612 (Barnadas, 2003: 12-13, 73-74).

¹⁸ En el año de 1630, tras el fallecimiento de Francisco Sotomayor, que fue nombrado arzobispo pero murió antes de desempeñar el cargo.

este sentido que llegaron a la corte¹⁹. Parece que finalmente estos apoyos consiguieron que fuera nombrado ministro del tribunal de la Inquisición de Lima²⁰. En definitiva, cuando en enero de 1639 remitió las *Noticias* a la corte, su autor de forma indirecta aludía a estos años de servicio en la sede platense que le hacían merecedor de puestos más destacados dentro o fuera de aquella iglesia.

Sin embargo, Ramírez del Águila falleció en La Plata alrededor de 1640, antes de que el nuevo nombramiento se hiciera efectivo. Murió tras haber residido en Charcas durante más de cuarenta años, únicamente interrumpidos por sus ya aludidos viajes a Lima y Chile. Parece lógico que, como se verá más adelante, manifestara en su crónica una extraordinaria cercanía hacia la tierra en la que pasó la mayor parte de su vida y de la que hizo su nueva patria.

2. "Dos veces príncipe grande"

El colofón festivo de las *Noticias* tenía también como finalidad destacar la figura del nuevo prelado, el más ilustre que La Plata había tenido hasta el momento. En efecto, en 1635 fue promovido a esta sede arzobispal el monje benedictino Francisco de Borja²¹, hijo don Juan de Vega, primer conde de Grajal y de doña Tomasa Enríquez de Borja, descendiente de San Francisco de Borja. El nuevo prelado, de quien Ramírez del Águila elogiaba tanto su "antigua nobleza [...] de grandes títulos" como su valía personal, "generosidad de ánimo, prudencia, sabiduría, consejo, elocuencia, sagacidad, circunspección y demás heroicas virtudes" (Ramírez del Águila: 168-170; Barnadas, 2003: 11-12), había sido además catedrático de Teología en Salamanca durante once años. Era también un orador persuasivo y elocuente y, como tal, había recibido el nombramiento de predicador de la capilla real²². Como no podía ser de otro modo, Borja había llegado a La Plata "con gran lustre de casa,

¹⁹ En 1619 el cabildo eclesiástico de Charcas destacaba que era "digno y benemérito por sus buenas partes de cualquiera de las prebendas de las iglesias catedrales de este reino". (Barnadas, 2003: 16). En la misma línea lo recomendaba la audiencia varios años después, haciendo hincapié en su larga experiencia como cura de almas. Carta de la audiencia de Charcas al rey. Potosí, 20 de marzo de 1636. AGI, Charcas 20.

²⁰ Parecer favorable, una vez hechas las investigaciones en Archidona, para que fuera nombrado ministro del Tribunal de la Inquisición de Lima. Archivo Histórico Nacional (Madrid), Inquisición 1346, Expediente 35. Tal vez aspirara a ser comisario o familiar en Charcas. Sobre la presencia y actividad inquisitorial en Charcas ver Quisbert Condori, 2008: 356-383.

²¹ Biografía en Barnadas, 2002, I: 361.

²² Fue presentado a obispo de Charcas el 24 de marzo de 1635 y confirmado en julio de ese mismo año (Ejecutoriales del arzobispo de La Plata fray Francisco de Borja. Madrid, 30 de enero de 1636. AGI, Charcas 720). Fue consagrado obispo en La Paz por Feliciano de Vega, que había sido ya promovido a arzobispo de México (Ramírez del Águila: 175). Ver Latasa, 2010. Durante su estancia en La Plata destacó por las grandes limosnas que daba: "Tan pingües y ordinarias que hace a los de esta ciudad y provincia, estas son sumas sin suma, por ser tantas que no se pueden numerar en que su ilustrísima hace su empleo" (Ramírez del Águila: 169-170). Destinaba anualmente una cantidad de 20.000 pesos a este fin, sin contar las extraordinarias y secretas (González Dávila, 2001: 171).

criados y familia". En concreto, le acompañaron desde España diecinueve personas: un benedictino, cinco clérigos y trece criados²³.

En definitiva, su nobleza natural y su dignidad arzobispal hacían de él "dos veces príncipe grande" (Ramírez del Águila: 168-174), en expresión del autor de las *Noticias* que refleja bien su deseo de destacar los méritos del nuevo prelado, honrado con toda solemnidad en su entrada a la capital charqueña.

A falta de un estudio más completo sobre la figura de Borja, podemos afirmar que fue un arzobispo respetado²⁴, a pesar de los constantes enfrentamientos con el presidente Lizarazu y el visitador Carvajal y Sande por el ejercicio del derecho de Patronato²⁵. Por otro lado, su gobierno fue corto pues falleció en La Plata en junio de 1644²⁶. Sin embargo, no deja de ser significativo que su gestión al frente de la archidiócesis estuviera marcada por los enfrentamientos con la más importante autoridad de la administración real en Charcas. Según señaló ya Bridikhina (2007: 85), estaríamos ante una de las situaciones que evidencian los antagonismos que existieron a veces en Indias en las complejas relaciones Iglesia-Estado.

3. Metrópoli de estas provincias²⁷

Por último, la triple perspectiva desde la que analizamos en este trabajo la relación festiva incluida al final de las *Noticias políticas* nos lleva al interés de

²³ Licencia de pasajero a fray Francisco de Borja, benedictino, maestro, arzobispo de La Plata. AGI, Contratación, 5416, N.1. Sevilla, 11 de marzo de 1635.

²⁴ Tanto el cabildo secular como el eclesiástico informaron favorablemente del arzobispo. Carta del cabildo secular de La Plata al rey. La Plata, 25 de febrero de 1638. AGI, Charcas, 31. Carta del cabildo eclesiástico de La Plata al rey. La Plata, 25 de febrero de 1638. AGI, Charcas, 31. En los mismos términos se manifestó la audiencia, que alabó su magisterio, brillante predicación y generosidad con las limosnas. Carta de la audiencia de Charcas al rey. La Plata, 25 de febrero de 1638. AGI, Charcas 21, R.1, N.6. También escribieron cartas en apoyo del nuevo arzobispo los mercedarios y los franciscanos. Carta de los religiosos mercedarios al rey. La Plata, 4 de marzo de 1638. AGI, Charcas 149. Carta de los religiosos franciscanos al rey. La Plata, 4 de marzo de 1639. AGI, Charcas 149.

²⁵ El presidente de la Audiencia, don Juan de Lizarazu, escribió al monarca resumiendo los motivos del enfrentamiento con el arzobispo. Carta del presidente de la audiencia de Charcas al rey. La Plata, 1 de marzo de 1638. Charcas 21, R.1, N.7.; Carta del presidente de la audiencia de Charcas. Potosí, 20 de diciembre de 1640. AGI, Charcas 21, R.3, N. 36. Lo menciona brevemente Barnadas, 2002, I: 361. Los curas de Potosí apoyaron al presidente y llegaron a pedir su promoción a la sede limeña para que se fuera del territorio: Carta de los curas de Potosí al rey. Potosí, 25 de marzo de 1638. AGI, Charcas 149.

²⁶ La audiencia informó de la muerte del arzobispo "de un tabardillo que le acabó en siete días, y con tan buena disposición en los términos de su muerte que nos dejó mucha esperanza de su salvación" (Carta de la audiencia de Charcas al rey. La Plata, 24 de junio de 1644. AGI, Charcas 21, R. 7, N. 50). El convento de los dominicos informó también de la muerte y pidió que le sucediera el obispo del Cuzco, Juan Ocón. Carta de los religiosos dominicos al rey. La Plata, 27 de marzo de 1645. AGI, Charcas 31. Según informe del corregidor dejó a su muerte unos 50.000 pesos, debiendo algo menos de 40.000 a particulares. Carta del gobernador Dionisio Pérez Manríquez al rey. La Plata, 29 de junio de 1644. AGI, Charcas, 31, R.7, N. 51. La Casa de la Contratación mandó detener los 13.000 pesos que se enviaron a España de los bienes del difunto prelado porque, al parecer, había llegado noticia de más deudas pendientes en Charcas. 31 de enero de 1645. AGI, Charcas 416, L. 4, f. 28r-v.

²⁷ El epígrafe está inspirado en el título completo de la obra de Ramírez del Águila: "... ciudad de La Plata, metrópoli de la provincia de los Charcas".

su autor por mostrar a Charcas como territorio de primera categoría dentro del conjunto de los reinos de la monarquía hispánica. Las celebraciones con motivo de la entrada arzobispal eran una manifestación del apoyo colectivo al nuevo arzobispo. Así lo reconocía expresamente el autor de las *Noticias*:

Y para que se eche de ver lo mucho que estima esta ciudad y reverencia a sus prelados, especialmente al que al presente dichosamente goza, pondré aquí en breve suma las demostraciones que hizo de alegría en su buena venida a ella, de donde se colegirá su amor, veneración y respeto (Ramírez del Águila: 174).

Se podría afirmar que la exaltación de Charcas es una idea omnipresente a lo largo de la obra de Pedro Ramírez del Águila: Charcas era corte, era capital política de una provincia de enorme peso económico y era sede arzobispal de primer orden²⁸ y, como tal, celebró la entrada episcopal con todo esplendor.

En efecto, según se ha tratado de demostrar en otro lugar²⁹, la lectura de las *Noticias políticas* permite concluir que su autor, charqueño de adopción, trató de emular el incipiente criollismo limeño desde la capital de la provincia más importante del virreinato. Así, la exaltación de la ciudad de La Plata vendría a ser la primera muestra de un naciente discurso criollo regional que en ese momento no tuvo parangón en el territorio del virreinato. En este contexto, se reivindicaba el poder económico, político y cultural de la ciudad de La Plata y Charcas tanto en el ámbito virreinal –frente a la sombra de la capital limeña– como en el de la monarquía hispánica, destacando el lugar principal que se le debía otorgar entre las ciudades que componían los reinos europeos y americanos de los Habsburgo.

El magnífico recibimiento que la ciudad brindó al arzobispo Borja pretendía ser una demostración de lo anterior³⁰. La entrada tuvo lugar el 21 de septiembre de 1636, día de San Mateo. La ciudad engalanada y la participación de sus habitantes en el recibimiento manifestaban externamente este común sentir:

que fue el día de su entrada muy regocijado y deseado por gozar la presencia de tan gran prelado; echose esto bien de ver en los apercebimientos que hubo generalmente de fiestas, galas y libreas, en los estruendos militares y concurso grande de gente (Ramírez del Águila: 176).

²⁸ En el siglo XVII La Plata se convirtió en uno de los arzobispados indianos más importantes, con 10.000 pesos anuales de diezmos (Bridikhina, 2007: 81).

²⁹ Latasa, Pilar. "Charcas reivindicada: historia local y discurso criollo en las *Noticias políticas* de Ramírez del Águila", en *Discursos coloniales: texto y poder en la América hispana*. Ed. Pilar Latasa. Frankfurt am Main-Madrid: Vervuert-Iberoamericana, 2011: 71-88.

³⁰ Carta de la Audiencia de Charcas, 26 de febrero de 1637. "Por septiembre del año pasado llegó a esta ciudad el maestro don fray Francisco de Borja, arzobispo de ella...". AGI, Charcas 20, R.16, N.187.

4. Especificidad indiana en las entradas episcopales

Las entradas arzobiscales estaban perfectamente tipificadas en el mundo hispánico moderno. El estudio de López para la diócesis de Santiago de Compostela permite concluir que el ceremonial para la entrada pública de los arzobispos a esta sede estaba ya establecido desde los años ochenta del siglo XVI. Este autor explica que en la capital compostelana el recibimiento se regía por el *Ceremonial Romano* del concilio de Trento, que establecía normas muy precisas, y por la costumbre propia (López, 2002: 197). Otros trabajos referentes a sedes peninsulares como Toledo, Granada y Castellón confirman esta combinación de actos comunes a los diversos territorios con pautas locales³¹. Este ritual común podría resumirse en: recibimiento del estamento eclesiástico y las autoridades civiles fuera de la ciudad; entrada del nuevo prelado bajo palio, revestido de pontifical y en procesión por las calles de la ciudad hasta la catedral; juramento y canto del *Te Deum*, todo ello seguido de varios días de celebraciones oficiales³². Hasta aquí el esquema se repetía tanto en la península como en los territorios americanos³³.

En este sentido, es elocuente el testimonio del prelado quiteño Gaspar de Villarroel, obispo de Chile que llegó a ser arzobispo de Charcas, en su *Gobierno eclesiástico pacífico, y unión de los dos cuchillos, pontificio y regio*, publicado en 1656. Según él la primera entrada de un obispo a su iglesia, dispuesta por el mencionado *Ceremonial*, debía hacerse "a manera de triunfo y puede competir con la que hace el rey cuando entra con toda solemnidad" (Villarroel, I: 28)³⁴. Lo anterior estaría en consonancia con la idea de que las entradas reales se trasladaron al Nuevo Mundo y fueron recreadas con motivo de las entradas de los virreyes en las capitales virreinales³⁵.

Para las entradas episcopales indianas, tanto Ramos Sosa (1992: 70-72) como Valenzuela (2001: 302-304) –que sigue a Villarroel– concluyen que imitaron las entradas virreinales. El primero se apoya en un análisis de las entradas episcopales en la ciudad de Lima en los siglos XVI y XVII y de las

³¹ Cuesta García de Leonardo (1995: 41-42) señala que en Granada se trataba de un ritual muy parecido al de las proclamaciones reales. Lores Mestre, por su parte, da escueta noticia de las entradas de obispos en Castellón en el siglo XVII y recoge algún conflicto de jurisdicción pero no habla de las celebraciones (1996: 61).

³² Valenzuela Márquez simplifica este esquema para las entradas de gobernadores y obispos de Chile en tres partes: entrada, juramento y regocijos oficiales (2001: 314).

³³ Tenemos pocos trabajos referentes a entradas episcopales en Indias. Estos actos comunes se pueden apreciar para la entrada del obispo Antonio de Basurco y Herrera en Buenos Aires en 1759 (Urquiza, 1993: 68-69).

³⁴ Para corroborarlo se refería a la entrada del arzobispo Gonzalo de Ocampo en Lima y a la suya propia en Santiago (Valenzuela Márquez, 2001: 439).

³⁵ Existe ya una importante historiografía sobre el tema. La idea fue expresada con claridad por Mínguez Cornelles (1999: 233): "La enorme distancia que separaba a los monarcas hispanos de sus súbditos americanos dio lugar a una especial representación del poder en los virreinos ultramarinos: por un lado se acrecentó la imagen de los funcionarios principales, virreyes y arzobispos, cuya presencia física en los distintos virreinos americanos metaforizó el interés y desvelo de los reyes hispanos por sus dominios americanos". Para el virreinato del Perú fue ya puesto de manifiesto en el detallado trabajo de Ramos Sosa (1992: 30-70) y recientemente ha estudiado el tema en profundidad Osorio (2006: 767-831). Lo desarrolla también, desde el contexto chileno, Valenzuela Márquez (2001: 291-296).

festividades celebradas con tal motivo. El segundo llega a la misma conclusión a partir del estudio de Chile, un territorio marginal del virreinato en el siglo XVII. También, y más interesante para este trabajo, Bridikhina (2007: 137, 148-149) afirma que en Charcas las entradas de personajes importantes de la administración real y eclesiástica se organizaron según las entradas reales en España, puesto que ambos hacían presente el lejano poder real.

La toma de posesión iba seguida de las celebraciones oficiales. Lamentablemente las fuentes son muy parcas acerca de estas celebraciones posteriores, motivo por el cual apenas tenemos noticias referentes a la dimensión de estos festejos en los que, como era propio de la fiesta barroca, participaba toda la ciudad. La mencionada obra de Ramos Sosa permite sin embargo establecer una perspectiva comparada con la fiesta estudiada en el presente trabajo e introducir dos reflexiones en torno a la entrada del arzobispo Borja en La Plata. En primer lugar, en efecto, las pautas locales en el caso indiano parecen engrandecer las entradas episcopales en la medida que las sitúan a la altura de las virreinales. En segundo lugar, los ocho días de fiestas que en La Plata siguieron a la entrada de Borja, una octava festiva, están muy por encima de lo habitual en las celebraciones limeñas de la época. Por ejemplo, en la entrada del arzobispo Fernando Arias de Ugarte (1630) hubo tan solo dos días de celebraciones en la capital virreinal, que se redujeron a uno en la de Pedro de Villagómez en 1641 y Juan Ramírez de Almoquera en 1674 (Ramos Sosa, 1992: 71-72).

Otra excepción a esta escasez informativa –ya se ha hecho antes referencia a ello– es la Villa Imperial. En este caso, por ejemplo, sí tenemos noticia de que la ciudad de Potosí celebró durante quince días la entrada del virrey Toledo en 1572 (Osorio, 2006: 802) y durante ocho la del virrey arzobispo Morcillo en abril de 1746 (Moreno Cebrián, 2001: 189). En esta misma línea, las fiestas de bienvenida a los obispos platenses parece que fueron incluso más prolongadas en Potosí que en La Plata: Bridikhina menciona que las de recibimiento de Gaspar de Villarreal se prolongaron durante doce días, a pesar de que el interesado propuso simplificar el ceremonial (2007: 149).

5. La entrada en perspectiva comparada

A falta de estudios más completos sobre fiestas en el territorio andino resulta difícil calibrar la dimensión festiva de la entrada de Borja que, por lo que se ha señalado hasta el momento, estuvo incluso por encima de lo acostumbrado en la capital virreinal. Alguna luz al respecto nos puede aportar una mayor o menor presencia de diversos elementos festivos en la entrada.

5.1. Dimensión de los elementos festivos

Un apartado importante en las celebraciones barrocas era el de la arquitectura efímera. Los arcos triunfales, tomados de nuevo de las entradas reales, se utilizaron también en las Indias para las entradas de obispos (Bridikhina, 2007: 150-152; Ramos Sosa, 1992: 48-70; Osorio, 2006: 780-789). Con un complejo mensaje iconográfico, el arco se dirigía, por un lado, a la ciudad receptora recordándole la obligación de lealtad y vasallaje debida a la corona, y por otro lado a la autoridad entrante, a la que se le exponían una serie

de virtudes, a manera de espejo de príncipes, para que se viera reflejado en ellas y las aplicara en su administración. En este sentido, las cualidades que más convenían al propósito del elogio del personaje en el contexto de la entrada eran las del ánimo y las cosas externas: el linaje, la patria, el estudio, la familia, las virtudes (Rodríguez Hernández, 2007: 267, 274-275)³⁶.

La ciudad de La Plata levantó dos arcos triunfales "de curiosa arquitectura" en honor de Borja "que se acabaron a mucha prisa" (Ramírez del Águila: 176); uno fue ejecutado por orden del cabildo secular y otro por parte del eclesiástico. Moreno Cebrián nos confirma que fueron también dos arcos los que se construyeron para la entrada de Morcillo en Potosí (2001: 186). Ramos Sosa, por su parte, nos indica que para algunas entradas virreinales en Lima de los siglos XVI y XVII se llegaron a construir hasta cuatro arcos e incluso en ocasiones más debido a la participación de los gremios³⁷.

La descripción que Ramírez del Águila hace de esos dos arcos es muy precisa y nos permite concluir que se trató de arquitecturas efímeras muy semejantes a las de la capital virreinal³⁸. El arco triunfal construido por la ciudad, hecho en madera imitando piedra, era "de excelente arquitectura [...] obra dórica", estaba decorado con pirámides y los escudos de armas del rey, el arzobispo y la ciudad. Además estaba recubierto de jeroglíficos y otras composiciones. El arzobispo fue recibido al llegar a él con "muchísima música y artillería" (Ramírez del Águila: 177). El arco del cabildo eclesiástico, que se situó sobre las escaleras de entrada en la catedral, era de orden jónico y altura de veinte varas, "suntuoso y rico, de obra muy imitadora de aquellos grandiosos testigos de los romanos triunfos", señalaba el autor de las *Noticias* utilizando expresiones y referentes propios del género de las relaciones de sucesos³⁹. En su decoración alegórica destacaban los óleos de doce virtudes "con versos y dísticos encomiásticos a la venida de su ilustrísima" y cuatro esculturas de dioses clásicos que representaban las cuatro provincias de la archidiócesis⁴⁰, las armas del arzobispo y retratos de cuerpo entero de los reyes Felipe III y Felipe IV con sus reinas consortes (Ramírez del Águila: 177-178).

Desde el punto de vista formal los arcos platenses tenían columnas, capiteles, cornisas, pirámides y figuras que nos recuerdan a los arcos manieristas limeños de finales de la década de los años veinte del siglo XVII (Ramos Sosa, 1992: 63-64). En lo referente a su programa simbólico, las alusiones

³⁶ Osorio interpreta el programa iconográfico de los arcos de las entradas virreinales en clave política: en ellos se expresaba la solución desea de determinados problemas por parte del gobernante y la actuación de la ciudad hacia el nuevo virrey (2006: 780).

³⁷ Eran de madera y las estructuras se desmontaban y guardaban para ser reutilizadas. Únicamente el de entrada en el puente del Rímac se construyó con adobes, por lo tanto no efímero, y se remozaba con cada nueva entrada desde la segunda mitad del siglo XVI (Ramos Sosa, 1992: 48-70).

Osorio señala que la construcción de un arco pagado por los comerciantes se remonta a 1556 (787-788).

³⁸ Se detiene también en estos arcos Bridikhina, 2007: 150-152.

³⁹ Ver García Bernal, 2006: 577-601.

⁴⁰ Compuesta, según se mencionó anteriormente, por las diócesis de La Plata, La Paz, Tucumán, Santa Cruz de la Sierra y Asunción.

alegóricas a Charcas, la monarquía y el nuevo prelado permiten afirmar que principalmente se exaltaba el linaje, la patria y las virtudes, siguiendo la iconografía propia de estas construcciones.

Esta alta calidad de la arquitectura efímera hecha con motivo del recibimiento de Borja viene avalada además por el coste de estos arcos: el arco triunfal más caro realizado en Lima tuvo un coste de 1.500 pesos⁴¹; pues bien, los de Borja costaron 1.000 pesos el de la ciudad y solo 500 el del cabildo eclesiástico, aunque el autor de las *Noticias políticas* aseguraba que su coste real se elevaba a 8.000 pesos, una cantidad muy alta si tenemos en cuenta que el presupuesto total previsto para los gastos de las entradas virreinales era de 12.000 pesos⁴².

Además, Pedro Ramírez del Águila menciona la construcción de otros "muchísimos" arcos de "flores y verdura" (177) –es decir, más sencillos y populares, hechos de ramas y flores y probablemente fabricados por los indígenas– (Ramos Sosa, 1992: 51)⁴³. Entre ellos destacó el que se hizo en la explanada del barrio del hospital, desde donde partió la comitiva: "Una ramada muy grande adornada de sedas con su asiento y estrado adonde recibió a los magistrados y ciudad que ya llegaban a besar su mano, con el audiencia real" (Ramírez del Águila: 176).

Otro elemento a tener en cuenta dentro de esta dimensión festiva son las corridas de toros. Durante la octava de celebraciones en honor de Borja se rejonearon doce toros en seis días consecutivos, una cifra muy superior a cualquiera de las celebraciones que tuvieron lugar para sus homólogos limeños, donde lo normal fue uno o dos días de corridas por cada recibimiento arzobispal (Ramos Sosa, 1992: 70-72). Las corridas de toros de La Plata están más próximas en cambio a lo acostumbrado en las entradas virreinales, con cinco corridas de toros y hasta veinte, e incluso veinticinco, toros diarios (Bromley, 1953: 31-32)⁴⁴. Castillo Martos se ha referido a la enorme afición taurina existente en el altiplano andino y nos indica que en abril de 1649 hubo toros durante "varios" días con ocasión de la entrada en Potosí del corregidor Juan Velarde Treviño, y que en 1651 se corrieron toros durante cuatro días con motivo del recibimiento en La Plata del arzobispo Juan Alonso Ocón. Parece, de nuevo, que en este elemento lúdico las fiestas de Borja estuvieron por encima de lo habitual. Siguiendo la práctica común, los toros eran primero jineteados a pelo por indios y negros. Tras ellos, los nobles los rejoneaban y alanceaban a caballo (Castillo Martos, 2003: 217-218,

⁴¹ Fue el que se realizó en honor del conde Castellar en 1674 (Ramos Sosa, 1992: 66).

⁴² Así se estableció en una real cédula de 1614. El gasto, no obstante, fue habitualmente superior (Osorio, 2006: 812, 814).

⁴³ Este tipo de construcciones fueron también frecuentes en el virreinato novohispano, donde tuvieron un importante desarrollo. Alberro (1999: 844) menciona que estos arcos contruidos con ramas, paja y flores se decoraban en la Nueva España con espejos y objetos de plata. También en ocasiones con algunas aves vivas que se ataban para que no pudieran volar. Por su parte, Zugasti refiere la elaboración de un arco "todo de espejería" en la entrada de Morcillo a Potosí, que aparece pintado en el famoso cuadro de Pérez Holguín (2008: 310).

⁴⁴ En 1610, con motivo de la celebración de las fiestas de beatificación de San Ignacio de Loyola en Cuzco, hubo 3 días de corridas de toros. *Relación de las fiestas de beatificación de San Ignacio de Loyola en Cuzco, 1610*. Biblioteca Nacional del Perú (en adelante BNP).

226). Ramírez del Águila nos confirma, por ejemplo, que el primer día hubo algunos indígenas heridos, "que son muy amigos de este juego y cuando han de torear se emborrachan o beben para tener buen ánimo de esperarlos y hacer lances, y así, sin ser buenos toreadores, aguardan un toro bravísimo y se ponen delante dél como si fuera un cordero" (180). En la entrada de Borja se organizaron también juegos de cañas⁴⁵, al menos en dos ocasiones, que fueron protagonizados, como era costumbre, por los caballeros de la ciudad divididos en dos cuadrillas y vestidos de forma vistosa,

con capa y sombrero con grandes penachos, botonaduras de oro y diamantes y cintillos de lo mismo, cabos y forros de telas, cada cuadrilla de diferente color, jaeces muy ricos bordados de oro y perlas, algunos con jaeces y bozales de plata, que los hay en esta ciudad de mucha estima y muy ricos (Ramírez del Águila: 180)

La grandiosidad de las fiestas platenses que estudiamos viene dada también por los fuegos artificiales que tuvieron lugar en los días de la octava. Se trató de los típicos fuegos barrocos consistentes en diversas representaciones de figuras simbólicas de las que salían los fuegos o que eran fulminadas por ellos (Arellano, 2008: 55). En estos fuegos artificiales se conjugaban con maestría, según ha señalado Alberro, el manejo de la pólvora –y su componente de estrépito, olores y explosiones– con construcciones alegóricas o de tipo monstruoso (2010: 870). En concreto, en la tercera jornada de las festividades un águila prendió un enorme castillo situado en el centro de la plaza:

Se remató el día con quemar un castillo que se puso en medio de la plaza con muchos artificios de pólvora, fabricado con tres cuerpos en que había muchas pinturas de gigantes, letras y trofeos a propósito del intento; cayó de sí mucho fuego, ocasionado del que pegó en él un águila que llegó volando (Ramírez del Águila: 180-181)

El cuarto día fue un buitre el que se posó sobre un gigante, dando lugar de nuevo a vistosos fuegos que saltaron hasta el público:

Acabose ese día con los fuegos que echó de sí un gran gigante de fiera estatura, significado en Prometeo, a quien un buitre se le fue a poner en el pecho, que echó de sí muchos cohetes, buscapiques y triquitraques con riesgo de muchos mantos y capas que se quemaron (Ramírez del Águila: 181)

Finalmente, no faltó el sexto día un "toro encohetado que echó de sí mucho fuego por toda la plaza" (Ramírez del Águila: 182). Fue este un espectáculo muy frecuente en el virreinato del Perú, consistente en soltar un

⁴⁵ Ver García Bernal, 2006: 206-213. Juego de tipo caballeresco en el que dos cuadrillas después de demostrar sus habilidades ecuestres se arrojaban una contra otra cañas preparadas para el efecto, como si estuvieran combatiendo (Bromley, 1953: 32). Sobre el gusto por los juegos de cañas en Potosí y La Plata ver Quisbert Condori (2008: 356-383) y García Pavón (1995: 427-428).

toro bravo con una gualdrapa llena de cohetes y fuegos de artificio que iban explotando a medida que el animal corría por la plaza⁴⁶.

Otro elemento significativo en las celebraciones que son objeto de este trabajo fue la presencia indígena en la fiesta⁴⁷. Los indios aparecen en la entrada de Borja como actores de diferentes representaciones que suponían la puesta en escena de situaciones que estaban a caballo entre lo real o histórico y lo fantástico o imaginario (Alberro, 2010: 872). Al comienzo de los festejos, encabezó la comitiva de recibimiento, que como era usual iba de menor a mayor categoría, un escuadrón de quinientos indígenas organizados en seis compañías "lucidamente vestidos a su usanza" que fueron pasando por delante del prelado "arrodillándose y haciendo salva" (Ramírez del Águila: 176). Detrás iban los caballeros "en una gran tropa con mucha lustre de galas, aderezos, caballos y criados". Tras ellos el cabildo y la audiencia, acompañada esta última por "la guarda de indios cañares" (Ramírez del Águila: 177). Para el caso limeño, Osorio sitúa la incorporación oficial de los indígenas a las fiestas de entrada virreinales en 1622, año en que participaron en la del marqués de Guadalcazar también quinientos indios con arcabuces y picas y sus capitanes, alféreces y sargentos. Para la entrada del conde de Salvatierra la misma autora menciona la participación de "varias tropas" de indios⁴⁸. Por su parte, para Cuzco, Cahill recoge el desfile de dos escuadrones de cuatrocientos y doscientos indígenas cañares con algunos canas, más otros cuatrocientos indígenas de la parroquia de San Jerónimo, divididos también en escuadrones y liderados por el cacique principal del pueblo, en las fiestas por la beatificación de San Ignacio en 1610. Es precisamente este último autor el que vincula la aparición de estas tropas indígenas, que portaban armas falsas, con la escenificación festiva de batallas rituales (Cahill, 2000: 116-123).

En este contexto hay que destacar también la repetida representación del inca en las celebraciones en honor de Borja, ataviado con los símbolos del poder prehispánico, llevado en una litera y acompañado de dos filas de guerreros. La primera vez fue precisamente en una tramoya que simulaba el asalto a una fortaleza (Ramírez del Águila: 181) por parte del inca y su ejército que tuvo lugar el quinto día de fiestas:

salieron los indios en dos mangas, bien aderezados, con su inga a combatir una fortaleza, que llaman pucara, que se hizo en medio de la plaza a su usanza; fue tarde⁴⁹ muy regocijada y los indios lo hicieron bien y concertados y cumplieron muy bastantemente con su obligación; combatida la fortaleza, llevaron los presos y cautivos a

⁴⁶ Quisbert Condori constata el uso de toros encohetados en Charcas (2008: 341) y Valenzuela Márquez confirma que se seguía utilizando en Chile en la segunda mitad del siglo XVIII (2005: 58).

⁴⁷ La participación de los indígenas fue también esencial en las entradas virreinales novohispanas (Alberro, 1999: 447-448).

⁴⁸ Para 1674 aparecen también incorporados a la entrada virreinal negros y mulatos formando compañías (Osorio, 2006: 793-794).

⁴⁹ Hemos corregido la edición de Urioste que pone "tan de".

presencia de su ilustrísima que les echó la bendición en agradecimiento a su buen deseo (Ramírez del Águila: 181).

Apareció de nuevo al día siguiente después de los toros "otro escuadrón de ingas con su emperador, en unas andas de oro, muy lucidos y galanes con el guión y armas de su debelado imperio; hicieron una vistosa escaramuza y combatieron otro castillo" (Ramírez del Águila: 181).

Los reyes incas con su cohorte y símbolos del poder fueron un tema recurrente de las fiestas coloniales andinas. Aparecen ya en el recibimiento hecho al virrey Toledo en el Cuzco en 1572, en el que desfilaron cuatro incas al frente de los cuatro suyus del Tahuantinsuyu y representaron también una serie de batallas demostrativas⁵⁰, siguiendo un modelo ya tipificado en esta época también para las fiestas limeñas, según ha demostrado Périssat (2002: 229-233)⁵¹. Cahill, que ha estudiado las fiestas cuzqueñas por la beatificación de San Ignacio de 1610 y las de Nuestra Señora de Loreto de 1692, relaciona la consolidación de las representaciones coloniales del incario en esta ciudad con la acción evangelizadora de los jesuitas⁵². Para Potosí, García Pavón ha puesto de manifiesto que la teatralización del pasado incaico fue un elemento clave en las distintas celebraciones coloniales de la Villa Imperial, que contaron siempre con una "abrumadora" presencia indígena (1995: 428-431).

Igualmente, para valorar la dimensión festiva de la entrada de Borja debe prestarse atención a otro componente propio de la fiesta barroca, los certámenes literarios (Arellano, 2008: 56), que nos indican la importancia cultural que tenía ya la capital charqueña y vinculan de nuevo las entradas episcopales indianas con las virreinales⁵³. En primer lugar se celebró en la catedral, con asistencia de las principales autoridades civiles y eclesiásticas y "gran número de cortesanos y damas", una justa literaria que había sido convocada un mes antes: "Mostráronse las musas muy discretas, benévolas y apacibles y los ingenios galantes en la gran copia y variedad de sus poemas, dísticos y elogios" (Ramírez del Águila: 181). Algunos ganadores recibieron como premio piezas de oro y plata (Ramírez del Águila: 182). En segundo lugar, Francisco de Acebedo, "gran estudiante y muy entendido en todas facultades de culto y brillante ingenio", protagonizó un "certamen artificioso" del que leyó las composiciones y repartió los premios siendo miembros del jurado dos oidores de la audiencia, Antonio de Calatayud y

⁵⁰ En este caso los indígenas, dirigidos por Atahualpa, asaltaron una fortaleza llamada "Guacaura" en la que se había refugiado Huascar (Osorio, 2006: 805-806).

⁵¹ Por ejemplo, en 1659 se teatralizó en Lima el asalto a un castillo por parte de un ejército inca. Iwasaki Cauti (1992: 319) lo relata basándose en el *Diario de Lima* de Mugaburu.

⁵² En 1610 los indígenas celebraron la beatificación durante veinticinco días. Hubo procesiones cada día organizadas por las ocho parroquias indígenas. Después hubo una nueva fiesta en la que desfilaron once emperadores incas, hasta Huayna Capac, representados por sus descendientes cercanos (Cahill, 2000: 116-123). En 1692 Juan Sicos Inga portaba el estandarte de la Virgen vestido con los símbolos del poder incaico como la *mascaipacha* y atributos de nobleza española como la espada (Cahill: 124-144).

⁵³ Estos certámenes fueron un elemento común en las entradas virreinales limeñas. Tenían lugar unos meses después cuando el representante del monarca era recibido solemnemente por la Universidad de San Marcos (Bromley, 1953: 34).

Sebastián de Alcocer, y el chantre del cabildo, Baltasar Cerrato Maldonado⁵⁴ (Ramírez del Águila: 182).

El punto final de las fiestas vino dado por el desfile de una "máscara de graves y costosas invenciones" el octavo día. Las mascaradas, de origen bajomedieval y renacentista, se consagraron y ampliaron dentro del espectáculo festivo barroco y aparecen reiteradamente en el virreinato peruano con sus dos componentes principales: el desfile hiperbólico que buscaba la sorpresa y la admiración, y los carros triunfales que perseguían la imitación a modo de desafío y evasión (García Bernal, 2006: 535-537). Un ejemplo charqueño es la que tuvo lugar años más tarde, en 1716, en la plaza mayor de la villa imperial durante la entrada de Morcillo, sufragada por los mineros, que lograron con ello ver favorecidos sus intereses por el nuevo virrey (Moreno Cebrián, 2001: 188-189, 199-205). Los potosinos salieron a la calle con sus mejores galas y aplicaron su ingenio en una serie de invenciones. Tras un vistoso desfile⁵⁵, apareció el carro triunfal con cuatro ninfas (alegorías de la Fama, América, Europa y Potosí), representadas por cuatro niñas, en el que se había instalado una representación del cerro. Cuando el carro se detuvo delante del arzobispo, las ninfas representaron una loa que enaltecía las virtudes del homenajeado (Zugasti, 2008: 310-312). En las fiestas que estudiamos salieron tres carros triunfales flanqueados por cincuenta caballeros "de diversas naciones, costosamente aderezados con libreas de telas y lamas, muchos criados con hachas y gran estruendo de chirimías, clarines, cornetas y atambores". El primer carro "de música", el segundo representando un galeón que surgía de dos montes que simbolizaban la ciudad de La Plata⁵⁶, "adornado de muchos gallardetes y enjarcado muy propiamente", que pasó disparando⁵⁷. Finalmente, el tercer carro reproducía un arco triunfal asentado de nuevo sobre dos montes "con el *plus ultra* de las armas y águilas imperiales entre dos columnas doradas", en el que iban "dos hermosos niños ricamente aderezados en figura de dos reinas que representaban esta iglesia y ciudad" (Ramírez del Águila: 182-183). Este último, al igual que en Potosí, se paró delante del arzobispo y los niños declamaron unos versos de bienvenida a Borja, probablemente también una loa.

5.2. Otros componentes de la fiesta barroca

Los ingredientes lúdicos que se acaban de destacar nos permiten concluir, con el autor de las *Noticias políticas*, que las festividades de La Plata ocuparon un lugar destacado, si no principal, en el ámbito del virreinato:

⁵⁴ Criollo de Chile "cuya nobleza, letras, persona y lucimiento de ella, capacidad y talento, son dignos de muy grandes elogios" (Ramírez del Águila: 172).

⁵⁵ Abría el desfile la Fama, seguida de los doce héroes de la fama tras los cuales iban varios monarcas otomanos y quince personajes ricamente vestidos que simbolizaban la casa de Austria, detrás doce sibilas y otros personajes vestidos de romanos (Zugasti, 2008: 310-312).

⁵⁶ Las dos montañas estaban en el escudo de armas de la ciudad: "Su fundación a las faldas de dos cerros, cada uno de altura de media legua, llámanse Churuquilla y Sicasica..." (Ramírez del Águila: 17).

⁵⁷ El autor no hace más indicaciones sobre estos disparos, que serían un artificio probablemente conseguido con pólvora (Alberro, 2010: 870).

Los concursos en las fiestas procesiones son muy grandes; la grandeza, devoción y riqueza en su celebración, la mayor del reino, porque allí está junto lo más rico de él en joyas, plata, oro, colgaduras, pinturas y todo lo que es de mayor riqueza y curiosidad (Ramírez del Águila: 88).

En esta línea, parece oportuno cerrar el análisis de las festividades en honor de Borja recopilando, a grandes trazos, algunas referencias a otros elementos esenciales de la fiesta barroca que Ramírez del Águila menciona a lo largo de la relación⁵⁸. Así, es preciso referirse a la constante “metamorfosis del escenario” con el engalanamiento de calles, plazas y personas que se reitera en la relación: “Estaban las calles ricamente adornadas de telas y sedas, las ventanas pobladas de hermosas damas, curiosa y costosamente aderezadas” (177). Por ejemplo, al situar el marco en el que se llevó a cabo el juramento, bajo el arco situado delante de la catedral, señalaba: “Todo aquel pavimento de cementerio y gradas estaba cubierto de ricas alfombras [...] y desde allí formada una plaza [...] adornada de cuadros y colgada de colgaduras carmesíes de oro y terciopelos”. Una transformación que llegó también al interior de la propia catedral, en la que se colocó un nuevo altar a la entrada, con un cuadro grande de San Francisco en honor del prelado y se cubrió todo con una tela “de bordadura de esterilla de oro y perlas”; frente al altar se dispuso un aparador con el pontifical; el ambiente intermedio se llenó con “muchos bufetes de plata con cazoletas de plata y perfumadores con olores, de pasta, de ámbar, algalia y almizcle” (178). El espacio ordinario se vio por lo tanto alterado por una lujosa y abigarrada decoración, por exquisitos olores, clamor de campanas, ruido, fuegos y luz, en exaltación barroca de todos los sentidos. Consigna el autor, al narrar el final del día de la entrada, que “aquella noche estuvo la ciudad muy alegre, con grande repique de campanas, luminarias, fuegos e invenciones de fuego en todas partes y especial en la iglesia y calle de su ilustrísima donde hubo un gran concurso de gente y damas” (Ramírez del Águila: 179).

En este sentido es redundante también el realce que adquiere en el texto la afluencia de público que participaba del entusiasmo festivo, tanto al recibirse la noticia –“con la novedad se alborotó la ciudad y ocurrió mucha gente a saber del caso, de que enterados causó en todos mucha alegría” (Ramírez del Águila: 175)–, como durante las celebraciones:

Entró su ilustrísima en esta ciudad con buen pronóstico y grandes muestras de alegría en los clamores de repiques de campanas, música de instrumentos de chirimías, clarines y trompetas, estruendo de armas, primor de gente, voces a su bienvenida, dándosela todos, españoles e indios (Ramírez del Águila: 175).

Asimismo, la música ocupa un lugar destacado a lo largo del relato, donde no falta tampoco la referencia al baile organizado el séptimo día: un “grandioso sarao” de doce damas y caballeros “costosa y ricamente aderezados”

⁵⁸ Seguimos en parte el esquema propuesto por Alberro, 2010: 837-855.

que bailaron danzas diferentes “con variedad de invenciones, episodios y tramoyas, que lució mucho y pareció muy bien” (Ramírez del Águila: 182).

Finalmente, cabe mencionar el aspecto culinario de la fiesta, cuya importancia ha sido puesta en evidencia por Bruneau para la entrada en La Plata del arzobispo Herboso y Figueroa en 1777⁵⁹. La descripción de Ramírez del Águila recoge la celebración de dos banquetes en torno al día de la entrada a cargo del cabildo eclesiástico: “Fue la cena que se dio a su ilustrísima muy espléndida, que la de aquella noche y comida del día siguiente la daba el cabildo por ministerio y cuidado de su mayordomo” (179). Pero sin duda más espectacular por su escenografía fue la colación que el cabildo secular ofreció al arzobispo el segundo día, después de los toros y cañas, que costó 1.000 pesos y consistió en cien fuentes de “pasta”⁶⁰, “que las llevaban cien indios muy aderezados con galas a su uso y plumas, cada uno con una toalla rica al hombro, con mucha música de chirimías y alguaciles que aguardaban y acompañaban”. En la primera fuente, que llevaban dos indígenas, iba “un castillo grande hecho de azúcar y pasta” que el arzobispo recibió con “agradable semblante” y mandó repartir a los convidados (Ramírez del Águila: 180).

Conclusiones

La incorporación a las *Noticias políticas* de la relación de sucesos que narra las festividades que se vivieron en La Plata con motivo de la entrada del arzobispo Borja en 1636 parece ser una fórmula utilizada por el autor para remarcar la categoría de la ciudad de La Plata, como digna sede de tan ilustre prelado, situándola al mismo nivel que otras ciudades principales de la monarquía.

Además, el autor de la relación, que fue uno de los organizadores de estos regocijos, no pierde al narrarlos la oportunidad de poner de manifiesto su buena gestión, que confirmaba su lealtad a la corona y le permitía aspirar a nuevos reconocimientos, como el que de hecho estaba tramitando para acceder a un puesto inquisitorial indiano.

Finalmente, el análisis comparativo de estas celebraciones, con respecto a otras que tuvieron lugar en el virreinato, permite establecer que tuvieron una dimensión considerable, vinculada con el relieve que la fiesta barroca alcanzó en el altiplano andino. La entrada de Borja supuso una escenificación del poder episcopal, siguiendo pautas similares a las de otras sedes tanto peninsulares como americanas. Su singularidad radica en la prolongación de la fiesta durante una octava en la que la combinación de elementos lúdicos variados –arquitecturas efímeras, toros y cañas, fuegos artificiales, certámenes literarios y mascarada– propiciaron una espectacular bienvenida en la que no faltaron otros ingredientes comunes de la fiesta barroca: el abigarramiento decorativo, la concurrencia de público, el ruido, el fuego, la luz y los olores.

⁵⁹ El banquete que ofreció en esta ocasión el cabildo eclesiástico costó 2.684 pesos (Bruneau, 2005).

⁶⁰ “Es una masa de diversas cosas que se han majado juntas y revuelto entre sí” (*Tesoro de Covarrubias*).

Todo ello contribuyó a transformar la capital de Charcas en un exuberante escenario festivo en consonancia con el peso específico de este territorio en el mundo hispánico del siglo XVII.

Obras citadas

- Alberro, Solange. "Barroquismo y criollismo en los recibimientos hechos a don Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla, virrey de Nueva España, 1640: un estudio preliminar". *CLAHR: Colonial Latin American Historical Review*, 8.4 (1999): 443-460.
- . "Los efectos especiales en las fiestas virreinales de Nueva España y Perú". *Historia mexicana*, 59.3 (2010): 837-875.
- Arellano, Ignacio. "América en las fiestas jesuitas: celebraciones de san Ignacio y san Francisco Javier". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 56.1 (2008): 53-86.
- Armas Medina, Fernando de. "La jerarquía eclesiástica peruana en la primera mitad del siglo XVII". *Anuario de Estudios Americanos*, 22 (1965): 673-703.
- Barnadas, Josep M. *Diccionario histórico de Bolivia*. Sucre: Grupo de Estudios Históricos, 2002, 2 vols.
- . *El presbítero y cronista Pedro Ramírez del Águila: aporte a su biografía y a su obra, 1596-1640*. Sucre: Archivo-Biblioteca Arquidiocesanos Monseñor Taborga, 2003.
- Bridikhina, Eugenia. *Theatrum mundi: entramados del poder en Charcas colonial*. Lima: IFEA, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007.
- Bromley, Juan. "Recibimientos de virreyes en Lima". *Revista histórica: órgano del Instituto histórico del Perú*, 20 (1953): 5-108.
- Bruneau, Gaelle. "Comida y abastecimiento en La Plata en 1777: el banquete de bienvenida del Arzobispo de Herbozo y Figueroa". *Historia y Cultura*, 30 (2005): 127-134.
- Cahill, David. "The Inca and Inca Symbolism in Popular Festive Culture: The Religious Processions of Seventeenth-Century Cuzco". *Habsburg Peru: Images, Imagination, and Memory*. Eds. Peter T. Bradley y David Cahill. Liverpool: Liverpool University Press, 2000: 85-162.
- Calderón Berrocal, María del Carmen. "Un extremeño ilustre: Alonso Ramírez de Vergara, obispo de Charcas". *XXIV Coloquios Históricos de Extremadura*. Trujillo: 1995.
- Castillo Martos, Manuel. "Toros en el altiplano andino (1550-1650): una aproximación a su historia". *Fiestas de toros y sociedad: actas del Congreso Internacional celebrado en Sevilla del 26 de noviembre al 1 de diciembre de 2001*. Sevilla: Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones, 2003: 211-234.
- Covarrubias Horozco, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Eds. Ignacio Arellano y Rafael Zafra. Madrid: Iberoamericana, 2006.
- Cuesta García de Leonardo, María José. *Fiesta y arquitectura efímera en la Granada del siglo XVIII*. Granada: Universidad de Granada, 1995.
- García Bernal, José Jaime. *El fasto público en la España de los Austrias*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 2006.
- García Pavón, Leonardo. "Indios criollos y fiesta barroca en la "Historia de Potosí" de Bartolomé Arzáns". *Revista Iberoamericana*, 61.172-173 (1995): 423-440.

- González Dávila, Gil. *Teatro eclesiástico de la primitiva iglesia de las Indias occidentales, vidas de sus arzobispos y obispos, y cosas memorables de sus sedes, en lo que pertenece al reino del Perú*. Eds. María Isabel Viforcós Marinas y Jesús Paniagua Pérez. León: Universidad de León (Servicio de Publicaciones), 2001.
- Herrera y Toledo, Antonio de. *Relación eclesiástica de la Santa Iglesia Metropolitana de los Charcas: 1639*. Ed. Josep M. Barnadas. Sucre: Archivo-Biblioteca Arquidiocesanos "Monseñor Taborga", 1996.
- Iwasaki Cauti, Fernando. "Toros y sociedad en Lima colonial". *Anuario de Estudios Americanos*, 49 (1992): 311-333.
- Latasa, Pilar. *Administración virreinal en el Perú: gobierno del Marqués de Montesclaros (1607-1615)*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces, 1997.
- . "Teatralidad fúnebre novohispana: exequias en honor de Feliciano de Vega organizadas por Juan de Palafox (1642)". *Varia palafoxiana. Doce estudios en torno a don Juan de Palafox y Mendoza*. Ed. Ricardo Fernández Gracia. Pamplona: Gobierno de Navarra, Servicio de Publicaciones y Proyección de Navarra, 2010: 231-254.
- . "Charcas reivindicada: historia local y discurso criollo en las *Noticias políticas* de Pedro Ramírez del Águila". *Discursos coloniales: texto y poder en la América hispana*. Ed. Pilar Latasa. Frankfurt am Main-Madrid: Vervuert-Iberoamericana, 2011: 71-88.
- López, Roberto J. "Las entradas públicas de los arzobispos compostelanos en la Edad Moderna". *Homenaje a José García Oro*. Coords. Miguel Román Martínez y María Angeles Novoa Gómez. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2002: 193-209.
- Lores Mestre, Beatriz. "Fiesta y arte efímero en la villa de Castellón durante el Setecientos". *Millars: Espai i història*, 19 (1996): 41-64.
- Mínguez Cornelles, Víctor. "Los 'Reyes de las Américas'. Presencia y propaganda de la Monarquía Hispánica en el Nuevo Mundo". *Imagen del rey, imagen de los reinos. Las ceremonias públicas en la España Moderna (1500-1814)*. Eds. Agustín González Enciso y Jesús María Usunáriz. Pamplona: Eunsa, 1999: 231-258.
- Moreno Cebrián, Alfredo. "La fastuosa entrada del Virrey Arzobispo Morcillo en Potosí, 1716". *Torre de los Lujanes: Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, 44 (2001): 181-205.
- Ocaña, Diego de. *Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí, 1599-1605*. Eds. Blanca López de Mariscal, Abraham Madroñal Durán y Alejandra Soria. Frankfurt-Madrid/Monterrey: Vervuert-Iberoamericana/Bonilla Artigas, 2010.
- Osorio, Alejandra. "La entrada del virrey y el ejercicio de poder en la Lima del siglo XVII". *Historia mexicana*, 55.3 (2006): 767-831.
- Périssat, Karine. *Lima fête ses rois (XVIe-XVIIIe siècles): hispanité et américanité dans les cérémonies royales*. Paris: L'Harmattan, 2002.
- Quisbert Condori, Pablo L., "Servir a Dios o vivir en el siglo: la vivencia de la religiosidad en la ciudad de La Plata y la villa imperial". *La construcción de lo urbano en Potosí y La Plata: siglos XVI-XVII*. Eds. Ximena Medinaceli, Andrés Eichmann y Marcela Inch. Sucre: Archivo y Biblioteca Nacionales, 2008: 271-414.
- Ramírez del Águila, Pedro. *Noticias políticas de Indias y relación descriptiva de la ciudad de La Plata, metrópoli de las provincias de los Charcas y Nuevo*

- Reino de Toledo, en las occidentales del gran imperio del Perú...* Ed. Jaime Urioste Arana. Sucre: División de Extensión Universitaria, 1978.
- Ramos Sosa, Rafael. *Arte festivo en Lima virreinal (siglos XVI-XVII)*. Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura y Medio Ambiente, 1992.
- Rodríguez Hernández, Dalmacio. "Los arcos triunfales en la época de Carlos II: una aproximación desde la retórica". *Teatro y poder en la época de Carlos II: fiestas en torno a reyes y virreyes*. Ed. Judith Farré Vidal. Frankfurt-Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007: 267-285.
- Urquiza, Fernando Carlos. "Etiquetas y conflictos: el obispo, el virrey y el Cabildo en el Río de la Plata en la segunda mitad del siglo XVIII". *Anuario de Estudios Americanos*, 50.1 (1993): 55-100.
- Valenzuela Márquez, Jaime. *Las liturgias del poder: celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial, 1609-1709*. Santiago de Chile: Dibam, 2001.
- . "Poder y pirotecnia, artesanos y mapuches: apogeo barroco de las proclamaciones reales en Santiago de Chile, 1760-1789". *CLAH: Colonial Latin American Historical Review*, 14.1 (2005): 49-78.
- Villarreal, Gaspar de. *Gobierno eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos, pontificio y regio*. Madrid: Fundación Histórica Tavera, Digibis, 1999.
- Zugasti, Miguel. "Teatro recuperado en Charcas: dos loas olvidadas de fray Juan de la Torre (OSA) a la entrada del virrey Diego Morcillo en Potosí, 1716". *El teatro en la Hispanoamérica colonial*. Eds. Ignacio Arellano y José Antonio Rodríguez Garrido. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2008: 295-322.